

Ayer anduve errante a la claridad de la luna por la campiña entre la Puerta Angélica y el monte Mario. Escuchábase a un ruiseñor en un estrecho valle rodeado de cañas. Sólo allí encontré esa tristeza melódica de que hablan los antiguos poetas con respecto al ave de la primavera. El agudo silbido que todos conocen, y que precede a los brillantes trinos del alado cantor, no era penetrante como el de nuestros ruiseñores: había en él algo de opaco, como el silbido de los burrelos de nuestros bosques. Sus notas eran medio tono más bajas: su estruendo estaba transportado de mayor a menor; cantaba a media voz, pareciendo querer encantar el sueño de los muertos y no despertarlos. Por aquellos terrenos incultos habían pasado la Lidia, de Horacio; la Delia, de Tibulo; la Corina, de Ovidio, y sólo había quedado la Filomela, de Virgilio. El himno de amor era poderoso en aquel lugar y a aquellas horas, e inspiraba cierta pasión por una segunda vida. Según Sócrates, el amor es el deseo de renacer por mediación de la belleza, y ese deseo era el que hacía sentir una muchacha griega a un joven a quien le decía: «Si no me quedara más que el hilo de mi collar de perlas, lo compartiría contigo.»

Si tengo la dicha de acabar aquí mis días, me he proporcionado en San Onofre un reducto contiguo al cuarto donde murió el Taso. En los momentos perdidos de mi embajada continuaré mis *Memorias* en la ventana de mi celda. En uno de los más hermosos lugares de la tierra, entre los naranjos y las encinas verdes, con Roma entera ante mis ojos, todas las mañanas, al ponerme a trabajar, entre el lecho de muerte y la tumba del poeta, invocaré al genio de la gloria y del infortunio.

En los primeros días de mi llegada a Roma, cuando vagaba así a la aventura, encontré entre los baños de Tito y el Coliseo un colegio de niños. Un maestro, con el sombrero alicaído, arrastrando su destrozado manto, y semejante a un pobre hermano de la doctrina cristiana, era quien los conducía. Al pasar a su lado le miro, figurándome ver en él cierto aire parecido al de mi sobrino Cristián de Chateaubriand; pero no me atreví a dar crédito a mis ojos. Miróme él a su vez, y, sin mostrar ninguna sorpresa, exclamó: «¡Tío mío!» Me precipité hacia él todo conmovido, y le estreché en mis brazos. Con un ademán detuvo él de-

trás de sí a su rebaño, obediente y silencioso. Cristián estaba a la vez pálido y moreno, minado por la fiebre y tostado por el sol. Me dijo que estaba encargado de la prefectura de los estudios en el colegio de los jesuitas, a la sazón en vacaciones en Tívoli: había olvidado casi su lengua, y se expresaba con dificultad en francés, no hablando ni enseñando más que en italiano. Contemplé con los ojos bañados en lágrimas aquel hijo de mi hermano, convertido en extranjero, vestido con un chaquetón negro y empolvado, maestro de escuela en Roma, y cubriendo con un fieltro de cenobita su noble frente que tan bien ceñía el casco.

Yo había visto nacer a Cristián: algunos días antes de mi emigración asistí a su bautismo, en el que habían estado presentes su padre, su abuelo, el presidente Rosambo y su bisabuelo el señor de Malesherbes. Este le tuvo en la pila, dándole su nombre, Cristián. La iglesia de San Lorenzo estaba desierta y ya medio devastada. La nodriza y yo tomamos al niño de manos del cura.

Io piangendo ti presi, e in breve cesta
Fuor ti portai. (Taso.)

El recién nacido fué llevado a su madre y colocado sobre su lecho, en donde ésta y su abuela, la señora de Rosambo, le recibieron con lágrimas de alegría. Dos años más tarde, el padre, el abuelo, el bisabuelo, la madre y la abuela habían perecido en el cadalso, y yo, testigo del bautismo, vagaba desterrado. Tales fueron los recuerdos que la aparición súbita de mi sobrino hicieron revivir en mi memoria en medio de las ruinas de Roma. Cristián pasó huérfano la mitad de su vida, y la otra mitad la ha consagrado a los altares, hogar siempre abierto del padre común de los hombres.

Cristián profesaba a su digno hermano Luis un cariño ardiente y celoso: cuando éste se casó, partió para Italia, en donde conoció al duque de Rohán-Chabot, y encontró a la señora Recamier: lo mismo que su tío, fué a vivir a Roma, él en un claustro y yo en un palacio. Se hizo religioso para devolver a su hermano una fortuna que no creía poseer legítimamente por las nuevas leyes, y así es que Malesherbes y Combourg son ahora de Luis.

Después de nuestro encuentro inesperado al pie del Coliseo, Cristián, acompañado de un hermano jesuita, fué a verme a la embajada: tenía el continente

triste y el aire serio: en otro tiempo siempre se estaba riendo. Pregúntele si era feliz, y me respondió: «He sufrido mucho tiempo; ya mi sacrificio está hecho, y me encuentro bien.»

Cristián heredó el carácter enérgico de su abuelo paterno, señor de Chateaubriand, mi padre, y las virtudes morales de su bisabuelo materno, señor de Malesherbes. Sus sentimientos los tiene ocultos; no obstante, los muestra, sin tener en cuenta las prevenciones del vulgo, cuando se trata de sus deberes. Después que renunció al servicio, se ha descubierto que socorría en secreto a una porción de oficiales y soldados: todavía tiene algunos pensionados en los graneros de París, y Luis satisface las deudas fraternales. Un día, en Francia, pregunté a Cristián si se casaría: «Si llegara a casarme — me contestó —, lo haría con alguna de mis parientas, la más pobre.»

Cristián no es hombre de este siglo, y me recuerda aquellos duques y condes de la corte de Carlomagno, que, después de haber luchado contra los sarracenos, fundaban conventos en los sitios desiertos de Gellone o de Madavalle, quedándose de religiosos en ellos. Le tengo por un santo, y le invocaría de buen grado. Estoy convencido de que sus buenas obras, unidas a las de mi madre y de mi hermana Julia, me alcanzarían gracia cerca del eterno juez. También tengo yo inclinación al claustro; pero llegada mi hora iría a pedir asilo a la Porciúncula, bajo la protección de mi patrono, llamado Francisco, porque hablaba francés.

Quiero arrastrar solo mis sandalias, y por nada de este mundo sufriría que hubiera dos cabezas en mi sayal.

A la señora Recamier.

«Roma, 16 de mayo de 1829.

»Esta carta saldrá de Roma algunas horas después de mi marcha, y llegará algunas horas antes que yo a París. Con ella va a terminar esa correspondencia que no ha faltado un solo correo y que debe formar un volumen entre las manos de usted. Experimento una mezcla de alegría y de tristeza que no puedo explicarle: por espacio de tres o cuatro meses estuve bastante disgustado en Roma; ahora he vuelto a cobrar cariño a estas nobles ruinas, a esta soledad tan profunda, tan apacible y tan llena, sin embargo, de interés y recuerdos. Quizá

también el éxito inesperado que aquí he obtenido haya contribuido a ese cambio: llegué en medio de todas las prevenciones suscitadas en contra mía, y todo lo he vencido: parece que me echan de menos. ¿Qué voy a encontrar en Francia? Ruido en vez de silencio, agitación en vez de calma, desvarios, ambiciones, luchas de puesto y de vanidad. Es tal el sistema político que he adoptado, que nadie lo querría quizá, y también, por otra parte, no me lo dejarían poner en ejecución. Todavía me encargaría de proporcionar bastante gloria a Francia, como he contribuido a procurarle una gran libertad; pero, ¿me dejarían el campo libre? ¿Me dirían: «sea usted el amo, disponga de todo a riesgo de su cabeza»? No: tan lejos están de decirme eso, que se avendrían con todo el mundo antes que conmigo; sólo me admitirían después de haber sufrido la repulsa de todas las medianías de Francia; y creerían hacerme un gran favor relegándome a un rincón obscuro. Voy a buscarla: embajador o no, en Roma es donde querría morir. En cambio de una vida breve, tendría al menos una gran sepultura hasta el día en que fuese a llenar mi cenotafio en las arenas que me vieron nacer. Adiós: ya he caminado muchas leguas hacia usted.»

París, agosto y septiembre de 1830,
calle del Infierno.

REGRESO DE ROMA A PARÍS. — MIS PROYECTOS. — EL REY Y SUS DISPOSICIONES. — EL SEÑOR DE PORTALIS Y EL SEÑOR DE MARTIGNAC. — PARTIDA A ROMA. — LOS PIRINEOS. — AVENTURA. — MINISTERIO POLIGNAC. — MI CONSTERNACIÓN. — VUELVO A PARÍS. — ENTREVISTA CON EL SEÑOR DE POLIGNAC.—PRESENTO LA DIMISIÓN DE MI EMBAJADA DE ROMA.

Tuve un gran placer en volver a ver a mis amigos: sólo pensaba en la dicha de llevarlos conmigo y terminar mis días en Roma. Escribí para asegurarme más aún del pequeño palacio Caffarelli, que pensaba alquilar en el Capitolio, y de la celda que deseaba tener en San Onofre. Adquirí dos caballos ingleses y los hice marchar a las praderas de Evandro. Ya decía adiós a mi patria con una alegría que merecía castigo. Cuando uno ha viajado en su juventud, pasando muchos años fuera de su país, se acostumbra a

fijar en todas partes su muerte: al atravesar los mares de Grecia se me figuraba que todos aquellos monumentos que veía eran otras tantas posadas en donde tenía preparado mi lecho.

Fuí a hacer mi corte al rey, a Saint-Cloud, y me preguntó cuándo volvía a Roma. Estaba persuadido de que yo tenía buen corazón y mala cabeza. El hecho es que era precisamente lo inverso de lo que Carlos X pensaba de mí: mi cabeza era muy fría y muy buena, y mi corazón así, así, respecto de las tres cuartas partes y media del género humano.

Encontré al rey en unas disposiciones muy poco favorables hacia su ministerio: hacía atacar por ciertos diarios realistas, o más bien, cuando los redactores de éstos iban a preguntarle si los encontraba demasiado hostiles, les contestaba: «No, no: continuad.» Cuando había hablado el señor de Martignac: «¿Qué tal? — decía Carlos X—. ¿Habéis oído a la Pasta?» Las opiniones liberales del señor Hyde de Neuville le eran antipáticas, y encontraba más complacencia con el señor de Portalis, el federado que llevaba impresa en su rostro la codicia: al señor Portalis es a quien debe Francia sus desgracias. Cuando le vi en Passy, conocí lo que, en parte, había adivinado; el guardasellos, aparentando que sólo tenía interinamente la cartera de Estado, ardía en deseos de conservarla, no obstante que, para todo evento, se había provisto de la plaza de presidente del tribunal de Casación. Cuando se trató de disponer del ministerio de Estado, había dicho el monarca: «No digo que Chateaubriand no sea mi ministro, pero no ahora.» El príncipe de Laval había rehusado, y el señor de La Ferronnays no podía ya entregarse a un trabajo continuado. El señor Portalis, en la esperanza de que por cansancio al fin se quedaría con la cartera, no hacía nada para determinar al soberano.

Lleno de mis delicias futuras de Roma, me dejé arrastrar, sin pararme a sondear demasiado el porvenir: me convenía bastante que el señor Portalis conservase la cartera interina, porque así mi posición política quedaba igual. No me ocurrió ni por un momento la idea de que el señor de Polignac pudiese ser investido del poder: su ánimo limitado, fijo y ardiente; su nombre impopular y fatal; su obstinación; sus opiniones religiosas, exaltadas hasta el fanatismo,

me parecían causas de una exclusión eterna. Es verdad que había sufrido por el monarca; pero había sido largamente recompensado por ello con la amistad de Carlos X y con la importante embajada de Londres, que le di en tiempo de mi ministerio, a pesar de la oposición del señor de Villele.

De todos los ministros en ejercicio que encontré en París, a excepción del señor Hyde de Neuville, ninguno me agradaba: veía en ellos una incapacidad implacable que me hacía concebir inquietudes acerca de la duración de su mando. El señor de Martignac, con agradable talento para producirse, tenía una voz dulce y extenuada como la de un hombre a quien las mujeres hubieran dado algo de su seducción y de su debilidad. Pitágoras se acordaba de haber sido una cortesana encantadora llamada Alcea. El antiguo secretario de embajada del abate Sieyes también tenía una presunción reprimida, y un espíritu tranquilo y algo celoso. En 1823 lo había enviado yo a España en una posición elevada e independiente; pero él hubiera querido ser embajador, y se extrañaba de no haber recibido un cargo que creía debido a su mérito.

Mi gusto o mi desagrado importaban poco. La Cámara cometió una falta dándole un ministerio que debió conservar a toda costa. Aquel ministerio moderado servía de tapadera a un abismo: fácil era echarlo abajo, puesto que nada le sostenía, y el rey le era hostil; razón más para no fraguar intriga alguna contra aquellos hombres, y darles una mayoría, por cuyo medio se hubieran sostenido y hubieran abierto paso algún día, sin accidente, a un ministerio fuerte. En Francia no se sabe esperar nada, y se siente horror hacia todo lo que tiene apariencias de poder, hasta que se llega a poseerlo. Por lo demás, el señor de Martignac ha desmentido noblemente sus debilidades empleando con valor el resto de su vida en defender al señor de Polignac. Ardíanme los pies en París, y no podía acostumbrarme al cielo pardo y triste de Francia, mi patria. ¿Qué habría pensado de Bretaña, mi patria, por hablar en griego? Pero ahí, al menos, hay vientos de mar o calmas: *Tumidis Albens fluctibus, o venti posuere*. Había dado órdenes para ejecutar en mi jardín y en mi casa, calle del Infierno, los cambios y aumentos necesarios, a fin de que a mi muerte el legado que quería hacer de esta casa a la enfermería de la señora

de Chateaubriand fuera más provechoso. Destinaba aquella finca a recoger en ella algunos artistas y literatos enfermos. Contemplaba el pálido sol, y le decía: «Pronto voy a hallarte con mejor semblante, y no nos separaremos más.»

Habiéndome despedido del rey, y con la esperanza de desembarazarle de mí para siempre, salí de París. Fuí primero a tomar los baños de Cauterets, y desde allí, atravesando el Languedoc y la Provenza, debía dirigirme a Niza, reuniéndome allí con la señora de Chateaubriand. Pasaríamos juntos la Cornisa: llegaríamos a la ciudad eterna, que cruzaríamos sin detenernos en ella, y después de permanecer dos meses en Nápoles, en la cuna del Taso, volveríamos a su tumba a Roma. Aquel momento fué el único de mi vida en que haya sido completamente dichoso; en que no haya deseado más; en que mi existencia estuviese satisfecha; en que yo no viera hasta mi última hora más que una serie de días de reposo.

En Auch admiré la sillería esculpida en cartones llevados de Roma en la buena época de las artes. D'Ossat, mi antecesor en la corte del padre santo, había nacido cerca de Auch. El sol se parecía ya al de Italia. En Tarbes hubiera deseado hospedarme en la posada de *La Estrella*, en donde se apeó Froissart con el señor Espaing de Lyon, «hombre prudente y gallardo mozo», encontrando «buen heno, buenas avenas y hermoso vino».

Al despuntar los Pirineos por el horizonte me latía el corazón: de lo íntimo de veintitrés años brotaron recuerdos embellecidos en la lontananza del tiempo; regresaba de la Palestina y de España, cuando de la otra parte de su cadena descubrí la cima de aquellos mismos montes. Opino como la señora de Motteville, y creo que en uno de aquellos castillos de los Pirineos fué donde habitó Urganda la Desconocida. Lo pasado se asemeja a un museo de antigüedades: se visitan en él las horas pasadas, y cada cual puede reconocer en él las suyas. Paseándome un día en una iglesia desierta, oí unos pasos que se arrastraban sobre las losas, como los de un anciano que buscara su tumba. Miré, y no vi a nadie: era yo que me había revelado a mí mismo.

Cuanto más dichoso me sentía en Cauterets, más me agradaba la melancolía de lo que había terminado. El valle es-

trecho y circunscrito se divide más allá de la ciudad y de las fuentes minerales en dos desfiladeros, de los que uno, célebre por sus sitios, concluye en el puente de España y en las neveras. Me hallé bien en los baños; hice solo largas excursiones, creyéndome en los escarpados terrenos de la Sabina. Hacía todos mis esfuerzos para estar triste, y no podía. Compuse algunas estrofas sobre los Pirineos, y decía:

«Yo había visto huir los males de Jerusalén y de Atenas; las móviles arenas de Ascalón y del Nilo; Cartago abandonada y su puerto blanquecino; la ligera brisa de la tarde hinchaba mi vela, y la estrella de Venus mezclaba su húmeda perla al oro puro del ocaso.

»Sentado al pie del mástil de mi rápida embarcación, mis ojos buscaban a lo lejos aquellas columnas de Alcides, en donde elevan sus tridentes dos Neptunos irritados. Abordando a la ribera de la antigua Hesperia, el misterio del noble abencerraje me abrió los palacios encantados.

»Mi musa, como una joven abeja cebándose en las rosas, volvía cargada de su botín, habiendo libado en la flor recuerdos más preciosos. En los montes que Rolando rompió con su valor, contaba yo a su lanza el orgullo de mis peli-gros, reputados por placeres.

»Huyamos de la edad abandonada cuando sobreviene la desgracia; alejémonos de las orillas que, conservando nuestras huellas, nos hacen decir, midiendo el curso del tiempo: «¡Entonces tenía yo un hermano, una madre, una amiga! ¡Felicidad huída! ¡Cuántos parientes y cuántos días me quedan!»

Me fué imposible terminar mi oda; yo había cubierto lúgubramente mi tambor para tocar llamada a sueños de mis noches pasadas; mas, siempre entre esos recuerdos evocados se mezclaban algunos sueños del momento, cuya fisonomía feliz desarrugaba el ceño consternado de sus antiguos compañeros.

Conforme iba poefizando, hallé a una joven sentada a orillas del arroyo; levantóse, y vino directamente a mí. Ella sabía, por los rumores de la aldea, que yo estaba en Cauterets. Encontréme con que la desconocida era una occitaniana

que me estaba escribiendo hacía dos años, sin haberla visto jamás: la misteriosa anónima se descubrió: *patuit dea*.

Iba yo a hacer mi visita respetuosa a la náyade del torrente. Cierta noche que ella me acompañaba, cuando yo me retiraba, quiso seguirme, y me vi precisado a conducirla a su casa en mis brazos. Jamás me he sentido tan avergonzado: inspirar esta especie de cariño a mi edad me parecía una verdadera irrisión: cuanto más lisonjeado podía estar de aquella rareza, tanto más humillado me consideraba, tomándola, con razón, por una burla. De buena gana me hubiera escondido entre los osos, nuestros vecinos. Estaba muy lejos de decirme lo que se decía Montaigne: «El amor me devolvería la vigilancia, la sobriedad, la gracia, el cuidado de mi persona...» Mi pobre Miguel, buenas cosas has dicho; pero ya ves, a nuestra edad, no nos devuelve el amor lo que tú supones. No nos queda más que una cosa que hacer, y es echarnos francamente a un lado. Por lo tanto, en vez de entregarme a los estudios sanos y prudentes, por cuyo medio pudiera hacerme más amado, dejé que se borrara la impresión fugitiva de mi Clementina Isaura: la brisa de la montaña se llevó muy pronto ese capricho de una flor: la encantadora extranjera de diez y seis años me ha agradecido el que me hiciese justicia, pues se ha casado.

Habían llegado a nuestro rincón rumores de cambio ministerial. Las personas mejor informadas llegaron hasta a hablar del príncipe de Polignac; pero mi incredulidad en este punto rayaba muy alto. Al leer los periódicos, mis ojos tropezaron con el decreto que confirmaba los rumores difundidos. Muchos cambios de fortuna había yo experimentado desde que estaba en el mundo; pero jamás había caído desde tamaña altura. Mi destino soplabla de nuevo en mis quimeras, y ese soplo de la suerte, no sólo borraba mis ilusiones, sino que hacía desaparecer la monarquía. Aquel golpe me causó un daño terrible: tuve un momento de desesperación; pero en el acto tomé mi partido: conocí que debía retirarme. El correo me traía una porción de cartas, las cuales me aconsejaban enviar mi dimisión. Hasta personas que yo apenas conocía, se creyeron obligadas a prescribirme la retirada.

Mucho me extrañó aquel oficioso inte-

rés por mi buena reputación. Afortunadamente nunca he necesitado que me dé nadie consejos de honra: mi vida ha sido una serie de sacrificios que jamás me fueron impuestos por nadie; en punto a deber, es mi espíritu el primero que salta. Las caídas son ruinas para mí, porque sólo poseo deudas, deudas que contraigo en puestos donde no permanezco el tiempo suficiente para pagarlas; de manera, que siempre que me retiro, me veo reducido a trabajar, atenido a lo que me dé un librero. Algunos de los hombres oficiosos que me predicaban el honor y la libertad por el correo, y me los predicaron todavía más alto cuando llegué a París, presentaron su dimisión de consejeros de Estado; pero unos eran ricos, y otros sólo dimitieron puestos secundarios que disfrutaban y que les dejaron medios de subsistir. Nada hay completo en esas obligaciones; nada completamente sincero: verdad es que se abandonaban doce o quince mil libras de renta; los dimitentes volvían a sus casas ricas con su patrimonio o a lo menos provistos de ese pan de cada día que habían guardado prudentemente. Con mi persona, menos cumplimientos: se tenía por mí la mayor abnegación, y nadie podía despojarse lo bastante por mí de todo cuanto yo poseía. «Vamos, Jorge Dandín, haga de tripas corazón; ¡pardiez! yerno mío, no degeneres de su sangre: ¡fuera la casaca! Arroje por la ventana doscientas mil libras de renta, un puesto de su gusto, un elevado y magnífico puesto, el imperio de las artes en Roma, la dicha de haber recibido al fin la recompensa de sus continuas y penosas luchas. Tal es nuestra voluntad. A ese precio tendrá nuestra estimación. Así como nosotros hemos despojado de una casaca bajo la cual llevamos un buen chaleco de franela, así se desprenderá usted de su manto de terciopelo para quedar desnudo. Hay perfecta igualdad; paridad de altar y de holocausto.»

No tengo que echarme en cara haber dado a nadie esos consejos catonianos que empobrecen al que los recibe, pero no al que los da; estoy persuadido de que esos consejos son inútiles al hombre que no tiene la conciencia de sí mismo. Desde el primer momento, ya lo he dicho, adopté mi resolución, que no fué muy costosa de tomar, pero sí difícil de poner en práctica. Cuando en Lourdes, en vez de volver al Mediodía y dirigirme hacia Italia, emprendí el camino de

Pau, mis ojos se llenaron de lágrimas: confieso mi debilidad. ¿Qué importa, si no por eso he aceptado menos y sostenido el cartel que me enviaba la fortuna? No volví con celeridad, con el propósito de dejar pasar los días, y fui desliando lentamente el hilo de aquel camino que había seguido, con tanta alegría, hacía apenas algunas semanas.

El príncipe de Polignac temía mi dimisión: sabía que, al retirarme, le quitaría en las Cámaras algunos votos realistas y pondría su ministerio en cuestión. Le sugirieron la idea de enviarme un correo a los Pirineos con orden del monarca de marchar inmediatamente a Roma para recibir allí al rey y a la reina de Nápoles, que iban a casar a su hija a España. Me habría visto muy apurado si hubiese recibido esa orden. Tal vez me hubiera creído obligado a obedecerla, salvo el dar mi dimisión después de haberla cumplido. Pero una vez en Roma, ¿qué hubiera sucedido? Me habría quizá retrasado, y las fatales jornadas me hubieran podido sorprender en el Capitolio. Quizá también la indecisión que manifestara, habría dado la mayoría parlamentaria al señor de Polignac, que sólo le faltó por muy pocos votos. El mensaje no pasaba entonces, y las ordenanzas, resultado de ese mensaje, tal vez no habrían parecido necesarias a sus funestos autores: *Dius aliter visum*.

Encontré en París a la señora de Chateaubriand enteramente resignada. Estaba loca de contento con ser embajadora en Roma, y ciertamente una mujer tenía motivo para estarlo con menos; pero, en las grandes ocasiones, mi mujer no vaciló nunca en aprobar lo que juzgaba propio para dar consistencia a mi vida y realzar mi nombre en la estimación pública; en esto tiene más mérito que cualquier otra. A mi esposa le gustan la representación, los títulos y la fortuna, y detesta la pobreza y la escasez; aborrece esas susceptibilidades, esos excesos de fidelidad y de sacrificio, que mira como verdaderos engaños que nadie agradece; jamás habría gritado *viva el rey!*, pero, en tratándose de mí, todo cambiaba, hasta el punto de aceptar con firmeza de ánimo mis desgracias, aunque maldiciéndolas.

Me era preciso ayunar, velar y orar por la salud de aquellos que se guardaban bien de vestirse el cilicio con que se apresuraban a cargarme. Yo era como el asno santo, el asno cargado con las áridas reli-

quias de la libertad, reliquias que ellos adoraban con gran devoción con tal de no tener el trabajo de conducirlas.

Al día siguiente de mi regreso a París fui a ver al señor de Polignac. Al llegar le había escrito esta carta:

«París, 28 de agosto de 1829.

»Príncipe: He creído que era más digno de nuestra antigua amistad, más conveniente a la alta misión con que me hallaba honrado, y, sobre todo, más respetuoso para el rey, venir a poner yo mismo mi dimisión a vuestros pies, que transmitíroslo precipitadamente por el correo. Os pido un último favor, y es suplicar al rey se digne concederme una audiencia y escuchar las razones que me obligan a renunciar la embajada de Roma. Creed, príncipe, que me es penoso, en el instante en que subís al poder, abandonar esta carrera diplomática que he tenido la dicha de abriros.

»Recibid la seguridad de los sentimientos que os he consagrado, y la alta consideración con que tengo el honor de ser vuestro y humilde y obediente servidor,

»CHATEAUBRIAND.»

En contestación a esta carta, me dirigieron el siguiente billete del ministerio de Estado:

«El príncipe de Polignac tiene el honor de ofrecer sus respetos al vizconde de Chateaubriand, y le ruega que venga al ministerio mañana domingo a las nueve en punto, si le es posible.

«Sábado, a las cuatro.»

Inmediatamente repliqué con este otro billete:

«He recibido, príncipe, una carta de vuestras oficinas invitándome a pasar mañana, 30, a las nueve en punto, al ministerio, si me es posible. Como esa carta no me anuncia la audiencia del rey que os había rogado pedir para mí, esperaré a que tengáis algo oficial que anunciarme sobre la dimisión que deseo poner a los pies de S. M.

»Mil afectuosos cumplimientos.

»CHATEAUBRIAND.»

Entonces el señor de Polignac me escribió estas palabras de su propio puño:

«Mi querido vizeconde: He recibido su esquila y me alegraría infinito verle mañana a las diez, si esta hora le conviene.

»Le renuevo la seguridad de mi antiguo y sincero afecto.

»EL PRÍNCIPE DE POLIGNAC.»

Este billete me pareció de mal agüero: su reserva diplomática me hizo temer una repulsa del monarca. Encontré al príncipe de Polignac en el gran despacho que yo tan bien conocía. Me salió al encuentro; me estrechó la mano con una efusión de corazón que yo hubiera querido creer sincera, y echándome después un brazo sobre el hombro, principiamos a pasearnos lentamente de uno a otro extremo del salón. Me dijo que no aceptaba mi dimisión; que el rey no la aceptaba, y que era preciso que yo volviese a Roma. Cada vez que él repetía esta última frase me desgarraba el corazón. «¿Por qué — me preguntó —, no quiere usted permanecer en los negocios conmigo como con La Ferronnays y Portalis? ¿No soy amigo suyo? Le daré en Roma todo lo que quiera: en Francia será más ministro que yo; escucharé sus consejos. Su retirada puede hacer surgir nuevas divisiones. Indudablemente no querrá dañar al gobierno. El rey se irritará en extremo si persiste usted en querer retirarse. Le ruego, querido vizeconde, que no cometa semejante torpeza.»

Respondí que no cometía torpeza ninguna; que obraba plenamente convencido de mi razón; que su ministerio era muy impopular; que éstas prevenciones podrían ser injustas, pero, al fin, existían; que Francia entera estaba convencida de que el ministerio iba a atacar las libertades públicas, y yo, defensor de esas libertades, no podía embarcarme con los que pasaban por enemigos suyos. Me veía bastante apurado en esta réplica, porque, en realidad, nada flagrante tenía que oponer a los nuevos ministros, y sólo podía atacarlos en un porvenir que él estaba en su derecho al negar. El señor de Polignac me juraba que amaba la Carta tanto como yo; pero él la amaba a su modo; la amaba muy de cerca. Desgraciadamente, el cariño que uno muestra a una joven a quien ha deshonrado, le sirve de poco.

La conversación se prolongó sobre el mismo tema cerca de una hora. El señor de Polignac concluyó por decirme que si consentía en retirar mi dimisión, el rey

me vería con placer, y escucharía lo que yo quisiera decirle contra su ministerio; pero que si persistía en querer presentarla, creía S. M. que era inútil verme, y que una conversación entre él y yo no podía menos de ser una cosa desagradable.

Yo contesté: «Pues mirad como dada mi dimisión, príncipe. Jamás me he retractado en mi vida, y puesto que no le agrada al monarca ver a su fiel súbdito, no insisto más.» Después de estas palabras me retiré. Rogué al príncipe que diera al duque de Laval la embajada de Roma, si todavía la deseaba, y le recomendé mi legación. En seguida tomé a pie por el bulevar de los Inválidos el camino de mi enfermería, como herido que estaba realmente. Cuando me separé del señor de Polignac me pareció dotado éste de esa confianza imperturbable que hacía de él el nudo más a propósito para estrangular un imperio.

Presentada mi dimisión de embajador en Roma, escribí al soberano pontífice:

«Beatísimo padre: Ministro de Estado en Francia en 1823, tuve la felicidad de ser el intérprete de los sentimientos del difunto rey Luis XVIII por la exaltación deseada de Vuestra Santidad a la silla de San Pedro. Embajador de S. M. Carlos X cerca de la corte de Roma, he tenido la suerte mayor de ver a Vuestra Santidad elevado al solio pontificio, y oírle dirigirme palabras que serán la gloria de mi vida. Al terminar la alta misión que tenía el honor de ejercer cerca de Vuestra Santidad, he de expresarle el profundo sentimiento que me acompañará siempre. Sólo me resta, santísimo padre, poner a vuestros sagrados pies mi sincero reconocimiento por vuestras bondades, y pedir os vuestra bendición apostólica.

»Soy, con la mayor veneración y el más profundo respeto de Vuestra Santidad, muy humilde y obediente servidor,

»CHATEAUBRIAND.»

Durante muchos días acabé de desgarrarme las entrañas en mi Utica, y escribí cartas para demoler el edificio que con tanto amor había yo construido. Como en la muerte de un hombre son las minuciosidades y las acciones domésticas y familiares las que interesan, así en la muerte de una ilusión son más atormentadoras las pequeñas realidades que lo destruyen. Un destierro eterno sobre

las ruinas de Roma fué mi quimera. Lo mismo que Dante, me había ya preparado para no volver más a mi patria. Estas dilucidaciones no tendrán para los lectores de estas *Memorias* el interés que para mí tienen. El pájaro viejo cae de la rama en donde se refugia, y deja la vida por la muerte. Arrastrado por la corriente, no he hecho más que cambiar de río.

ADULACIONES DE LOS PERIÓDICOS. — LOS PRIMEROS COLEGAS DEL SEÑOR DE POLIGNAC. — EXPEDICIÓN DE ARGEL. — APERTURA DE LA LEGISLATURA DE 1830. — CONTESTACIÓN AL DISCURSO DE LA CORONA. — LA CÁMARA ES DISUELTA. — NUEVA CÁMARA. — MI PARTIDA PARA DIEPPE. — ORDENANZAS DE 25 DE JULIO. — MI VUELTA A PARÍS. — REFLEXIONES DURANTE EL CAMINO. — CARTA A LA SEÑORA RECAMIER.

Cuando se acerca el momento de marcharse las golondrinas, hay una que vuela la primera para anunciar la próxima partida de las demás: yo fui la primera ala que precedió al último vuelo de la legitimidad. ¿Me lisonjeaban los elogios que me prodigaban los periódicos? No por cierto. Algunos amigos míos creían consolarme asegurándome que estaba a punto de ser primer ministro; que aquel lance jugado con tanta franqueza decidía mi porvenir: me suponían una ambición, de la que ni siquiera tenía un germen. No comprendo que un hombre que haya vivido conmigo siquiera ocho días no advierta mi absoluta carencia de esa pasión, por lo demás muy legítima, que impulsa a uno a seguir hasta el cabo su carrera política. Yo acechaba siempre el momento de retirarme, y si estaba tan apasionado de mi embajada de Roma, era precisamente porque a nada conducía y era un retiro en un callejón sin salida.

Por otra parte, abrigaba en el fondo de mi conciencia cierto temor de haber llevado ya demasiado lejos la oposición, de la que iba a ser forzosamente el lazo, el centro y la atalaya: me asustaba esa idea, y ese temor aumentaba el sentimiento de haber perdido mi apacible abrigo.

Como quiera que sea, quemaban abundante incienso ante el ídolo de madera caído de su altar. El señor de Lamartine, nueva y brillante lumbrera de Francia, me escribía con motivo de su candidatura, una carta que terminaba así:

«El señor de La Noue, que acaba de pasar algunos momentos en mi casa, me ha dicho que le ha dejado a usted entreteniendo sus nobles ocios, en erigir un monumento a Francia. Cada una de sus desgracias voluntarias y valerosas, prestará así un tributo de estimación a su nombre y de gloria a su país.»

A esta carta del autor de las *Meditaciones poéticas*, siguió la del señor de La-retelle, quien me escribía a su vez:

«¿Qué momento eligen para ultrajarle, a usted, el hombre de los sacrificios; a usted, a quien las buenas acciones no cuestan más que las hermosas obras! Su dimisión y la formación del nuevo ministerio me parecieron de antemano dos sucesos ligados entre sí: usted me ha familiarizado con los actos de abnegación, como Bonaparte nos familiarizaba con la victoria; sólo que él tenía muchos compañeros, y usted no cuenta con muchos imitadores.»

Dos hombres muy instruidos y escritores de gran mérito, el señor Abel Remusat y el señor Saint-Martin, eran entonces los únicos que tenían la debilidad de declararse en contra mía: ambos eran amigos del barón de Damas. Concibo que se irriten contra hombres que desprecian los destinos: esas insolencias son de aquellas que no se deben tolerar.

El mismo señor Guizot se dignó visitarme, y creyó poder salvar la inmensa distancia que la naturaleza ha puesto entre ambos: al verme, me dijo esta frase, llena de todo lo que se debía a sí propio: «¡Caballero, hoy es muy diferente!» En este año de 1829, el señor Guizot tuvo necesidad de mí para su elección; escribí a los electores de Lisieux, y fué elegido. El señor de Broglie me dió las gracias en el siguiente billete:

«Permítame que le dé las gracias, caballero, por la carta que ha tenido a bien dirigirme. He hecho de ella el uso que debía hacer, y estoy convencido de que, como todo lo que de usted procede, producirá sus frutos, y frutos saludables. Por mi parte me siento tan reconocido como si se tratara de mí propio, porque no hay acontecimiento con el que esté más identificado ni que me inspire más vivo interés.»

El señor Guizot era diputado cuando las jornadas de julio, resultando de ahí